



Chile Hoy  
del 30 Marzo 1973 al  
5 Abril 1973  
TINTA FRESCA

## LANCHAS EN LA BAHIA

Esta primera novela de Manuel Rojas anticipa constantes narrativas e ideológicas, en última instancia estilística, que se desarrollarán con mayor madurez, agudeza e introversión autocrítica en la obra del creador de *Hijo de Ladrón*. No obstante, este primer cuaderno novelístico de Rojas muestra una mayor libertad natural en el empleo de recursos poéticos (metáforas imbricadas en la narración y que bien pueden funcionar autónomamente como versos), legitimados a golpes de genio en la novela del siglo XX merced a Joyce, Dos Passos y otros, en realidad epígenos del remezón social de la época. Al mismo tiempo, la prosa juvenil del Rojas de *Lanchas en la Bahía*, es oportuno recordarlo, estuvo precedida y rodeada por las cumbres poéticas de su propio entorno, alzadas por el creacionismo de Huidobro, el barroco popular americano de Pablo de Rokha y la síntesis de diversas vertientes que se insinuaba en la estrofa nerudiana. "Una ráfaga de viento se apoderó de la campanada y se la llevó mar adentro" (pág. 31), se liga en el relato con "era la hora de la comida", y así otras imágenes concurrentes de similar estilo superponen en el texto la poesía adolescente y el predominante don de "contar".

Esta novela breve escrita en 1930 está marcada a fuego por el signo autobiográfico de Manuel Rojas, signo y sino que lo transportan desde su Buenos Aires natal (1896, hijo de proletarios chilenos), de retorno al Chile filial cruzando a pie la cordillera para recalar, entre otras peripecias, en el entonces abigarrado y cosmopolita puerto de Valparaíso. Este episodio iniciático de la vida de Rojas y la presente narración se corresponden en escenario y protagonistas, puerto, bahía, mar, cerros, pobrero trabajador, compañías extranjeras y expoliadoras. En su deambular en rigurosa procura del pan, el beso, el rechazo y la esperanza de cada día, Rojas se internará entre los militantes anarquistas de principios de siglo (llega al puerto en 1914, prófugo de la policía) y los éxodos cotidianos en busca de trabajo, techo, plato y lecho, ya que la cama no era cosa de todos los días.

Eugenio (Baeza, en la primera edición de 1932) es el adolescente que debe probar sus deseos de trabajar y su orgullo de hombre como guardián nocturno de un falucho armado ("buitre", según los "piratas" del puerto), para poner en fuga a los eventuales ladrones de la carga.

"¿No le da vergüenza cuidar lo que no es suyo?", lo provoca un lancharo. Eugenio devuelve el golpe bajo con el mismo veneno clasista: "Y a usted, ¿no le da vergüenza cantar mientras su compañero echa los pulmones remando?" El diálogo, seco, imprescindible, rojiano, revela con sugerentes reverberaciones un mundo poco frecuente —en vida y escritura—, con dignidad por más de un contingente de narradores actuales, más proclives por morbosa comodidad —o viceversa—, a los ya saturantes climas de "clase media". Tanto en novela como en teatro se ha generado, como ideología de justificación, la autodefensa del "es lo que mejor conocemos". En rigor, el artista tiene la obligación histórica de profundizar hasta la inmersión en toda la sociedad, e ignorar al proletariado es ignorar —y ocultar en acto de diversión—, la tendencia y el núcleo determinante de nuestra época, sin idealizaciones ni barnizamientos, en fin, al enterrador, maculador y maculado, de toda una era.

La prosa de Rojas contiene, entre otros, ese valor que ahora resulta accesoriamente pedagógico, inductivo y necesariamente rescatable. La realidad histórica, este presente contradictorio colmado de inminencias de nuevo género y categoría, exige, entre todas las justicias que desata, también la justicia literaria. Más justa aún cuando más de una capa de la "intelligentzia" no poca dirigencia desconocen la carne concreta, la respiración y la atmósfera entremezclada, turbia pero "echada a andar" de la clase revolucionaria, que en pleno dominio de su teoría y vanguardia soberanas consumará la justicia decisiva: la toma del poder.

"—¿Y esos hombres? —Son de la tripulación del barco. —¿Y por qué van acostados? —Es que están borrachos", transcurre otro diálogo de la primera novela de Manuel Rojas. En realidad "eran ladrones, piratas, como se les llamaba pretenciosamente en la bahía". Eugenio desiste de llamar a la policía marítima con un tiro al aire, porque "temí al ridículo: el revólver no me merecía la menor confianza, y gritar, estando armado, me pareció más ridículo aún". Aquellos hombres "se ahogarian o pasarían la noche colgados de una boya, o los cazarían a tiros". Por último, Eugenio pronuncia "la palabra que lo dejaba libre (ándate) y que me dejaba libre a mí también". Una liberación momentánea, un fugaz respiro concedido por la moral de clase de Eugenio: tanto el joven trabajador nocturno como los ladrones y los policías marítimos están enajenados a una misma opresión: la propiedad privada, el capital, la explotación del hombre, y es objetivamente Eugenio quien está en mejores condiciones de abolirla.

J. H.

"Lanchas en la bahía", Manuel Rojas, prólogo de Cedomil Goic, 110 páginas. Editorial Nascimento, Biblioteca Popular, Santiago de Chile, 1972.